

Ignacio protestara con sus parciales de la elección de su sucesor, que llegara á excomulgarle juntamente con sus partidarios y protectores, y que finalmente dirigiera en este sentido una protesta en forma de circular á todos los obispos de la iglesia de Oriente y á la curia romana haciendo saber á toda la cristiandad la injusticia que con él se había cometido, el emperador Miguel III, en el año 859, por consejo del nuevo patriarca envió una embajada con ricos regalos al papa Nicolás, que ocupaba la silla de San Pedro desde el 24 de julio del año anterior, á fin de lograr la legalización de la elección de Focio, y acallar todas las protestas y oposiciones por medio de un concilio que se reuniría en Constantinopla con el pretexto de arreglar con la cooperación de legados del papa cuestiones eclesiásticas y hacer desaparecer algunos restos de la cuestión de las imágenes.

De esta manera vino á reconocer Focio tácitamente la supremacía del papa en una cuestión meramente personal; mas tan peligrosa flexibilidad de nada le valió. Nicolás que ocupó la sede pontificia desde 858 hasta 867, era cabalmente uno de los papas mas varoniles, capaces é ilustres que se han sentado en la silla de San Pedro. Hombre de Estado hábil, enérgico, y poseído de su dignidad y autoridad de supremo pontífice, procedió con suma prudencia y reserva. Envió dos obispos italianos á Constantinopla para examinar la cuestión pendiente entre Focio é Ignacio á fin de decidir despues lo que creyera oportuno, y para ello exigió del emperador en la carta que dió á los legados para él (setiembre de 860), que permitiera á Ignacio volver de su destierro de Metilene y estar presente para ser oído en la informacion que había de abrirse. Al mismo tiempo en otra carta que escribió á Focio le decía que no podía reconocerle como patriarca sino en el caso de que resultase favorable la informacion. En la cuestión de las imágenes dió á los dos legados poder absoluto. Entre las demás instrucciones que llevaron estos figuró la reclamación de que volvieran á ponerse bajo la autoridad directa de la sede romana las iglesias de la Italia Meridional, de Sicilia y de todas las diócesis dependientes del patriarcado de Salónica, que el emperador Leon III había puesto bajo la autoridad del patriarca de Constantinopla. Esta exigencia no fué atendida ni por el gobierno ni por el concilio, ni lo ha sido nunca en cuanto á la península balcánica.

El concilio se reunió en el mes de mayo del año 861 en la iglesia de los Apóstoles de Constantinopla. Tomaron parte en las deliberaciones 318 obispos que en cuanto á los puntos principales estaban en favor de las pretensiones del gobierno bizantino, sobre todo respecto de la cuestión de Focio, á cuyo fin este y el César Bardas pusieron por obra toda clase de intrigas, tanto que hasta consiguieron que los mismos legados del papa, contra las instrucciones terminantes de la sede romana, consintiesen, despues de algunas sesiones tempestuosas y muy parciales, en la solemne degradación del ex-patriarca Ignacio que había vuelto de su destierro y á quien se dejó vivir sin molestarle en el palacio de su madre.

El papa Nicolás, disgustado ya de haber visto completamente desatendidas sus pretensiones particulares, al saber por los partidarios de Ignacio la verdad de todo lo ocurrido, convocó un nuevo concilio en Roma en el año 863, en el cual destituyó y excomulgó á Focio, declarando nulas todas las órdenes sagradas que había recibido, y reconoció como patriarca legítimo á Ignacio.

Como el emperador Miguel III y su tío el César Bardas no hicieron ningun caso de estas resoluciones, y muy al contrario no solamente sostuvieron al patriarca Focio en su puesto, sino que atacaron directamente la autoridad del papa de Roma, quedó declarada la guerra entre la Iglesia de Oriente y el pontificado.

La escisión entre las dos autoridades eclesiásticas no tardó en agravarse, porque Focio supo hábilmente dar á su asunto y á su interés personal el carácter de causa de toda la Iglesia de Oriente en general, enlazando sus pretensiones con los usos y reglas de disciplina eclesiástica particulares y nacionales del Oriente, y naturalmente tambien con las divergencias respecto de problemas dogmáticos mas hondos, á fin de colocar el conflicto con la curia romana en el terreno nacional y general. Por su parte la misma curia romana contribuyó á ensanchar el abismo y dar mas partidarios á Focio, hiriendo con sus pretensiones altaneras y su política absorbente y dominante el sentimiento nacional, el orgullo y los intereses de los bizantinos.

La ingerencia de Roma en la Iglesia búlgara fué la que principalmente enardeció los ánimos en los dos campos opuestos. El khan de los búlgaros Bogoris, que desde su conversión al cristianismo se llamaba Miguel, había concebido grandes temores sobre la independencia de su pueblo á consecuencia de su conversión al cristianismo y de la creciente influencia de la Iglesia bizantina, detrás de la cual estaba el gobierno de Constantinopla. Para levantar un dique contra tan peligrosa invasión, determinó ponerse en relación con la sede de Roma, á cuyo fin envió en 866 al papa Nicolás una embajada que le sometió un gran número de cuestiones de gran interés para aquel pueblo recientemente convertido, que deseaba consultarlas con la Santa Sede. Nicolás no se hizo de rogar, y recibió la embajada con suma complacencia, mostrándose en todos los puntos afable y condescendiente, para no perder ocasión tan propicia de arrebatar á la influencia de los bizantinos sus provincias de la península de los Balcanes. Cabalmente entonces iba desplegando el papado cada vez mas enérgicamente sus alas, procurando adquirir cada dia privilegios nuevos, nunca imaginados antes, por medio de las falsas decretales de Isidoro, y trabajando los primeros misioneros hasta en los países del extremo Norte para establecer allí la autoridad y el dominio de la Iglesia de Roma. El papa por consiguiente se apresuró á coadyuvar á la política del rey búlgaro enviándole aquel mismo año dos obispos romanos que en seguida introdujeron en Bulgaria el rito latino, mientras Miguel Bogoris por su parte para facilitar la misión de aquellos obispos expulsaba á los sacerdotes griegos.

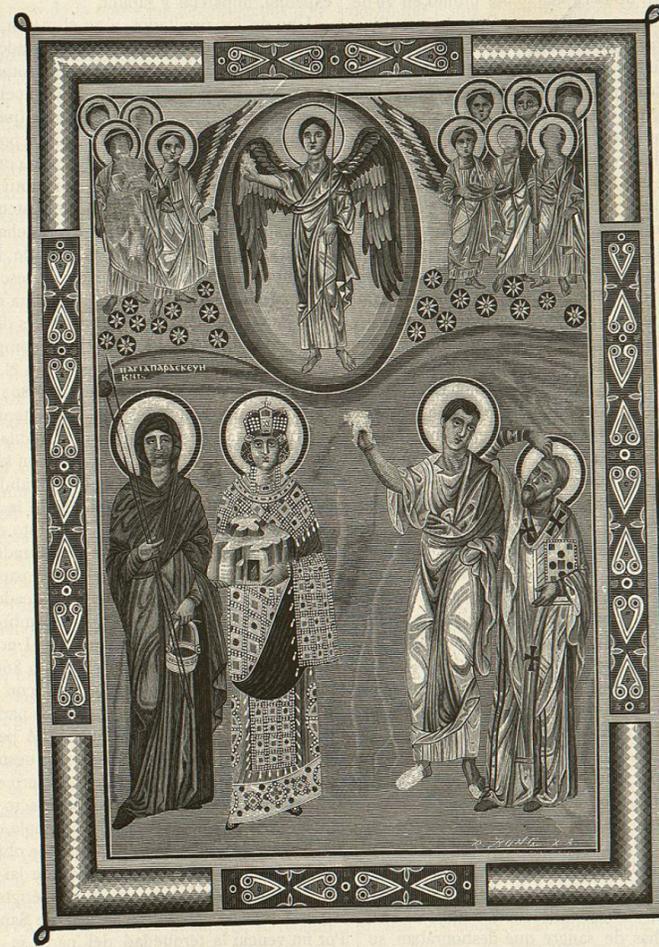
Esta conducta provocativa causó tanta indignación en Constantinopla, que Focio se atrevió á dar un golpe decisivo. Convocó al año siguiente, en 867, un sínodo en Constantinopla y en la convocatoria que dirigió á los prelados de la Iglesia de Oriente no solamente calificó de herejías muchas disposiciones disciplinarias de la Iglesia latina, sino que atacó tambien la teoría de aquella Iglesia de «que el Espíritu Santo no solamente emanaba de Dios Padre sino tambien de Dios Hijo.» Esta teoría, formulada por primera vez en 589 en el concilio de Toledo, estaba admitida desde 809 en todas las iglesias del Occidente; pero Focio la impugnó en su circular diciendo que admitiendo un doble origen se destruía la unidad de Dios y se le trasformaba en una dualidad. Bajo los auspicios y dirección de Miguel III y de Basilio, el nuevo César y verdugo de Bardas, asesinado por mandato del emperador en 21 de abril de 866 en su tienda de campaña en una expedición emprendida al parecer contra los moros de Creta, según veremos luego, el nuevo concilio declaró destituido al papa Nicolás, y le excomulgó con todos sus partidarios.

Con esto entró la guerra entre las dos Iglesias en un período nuevo, cuyo fin y resultado no pudieron entonces calcularse á causa de la política variable del gobierno bizantino y del rey búlgaro, así como por el corto reinado de muchos papas, que entonces se sucedieron en la silla de San Pedro.

Mas que todas estas causas contribuyó á aplazar la solu-

ción de tan grave lucha entre los dos poderes eclesiásticos de Occidente y de Oriente, el súbito cambio de dinastía que ocurrió en 867 en el trono de Constantinopla, cambio con el cual perdió Focio su apoyo mas poderoso, el emperador Miguel III, despues de haber ya perdido á Bardas, uno y otro asesinados por Basilio. Este último era hijo de una familia eslava grecizada, habitante en una aldea cerca de Adrianópolis. Había nacido en el año 813 y sido llevado muy niño

todavía con su familia á la Bulgaria por las hordas del khan Crum en una de sus invasiones. En 837 ú 838 consiguió regresar á su patria hecho ya un joven gallardo, de figura imponente y de una fuerza asombrosa. Entró al servicio del gobernador militar de Macedonia, llamado Zanzas, y al cabo de cierto tiempo trasladóse á Constantinopla para hacer allí fortuna como tantos otros la habían hecho antes que él y sobre todo Justino I. Allí encontró pronto buena colocación



Miniatura de las homilías de San Gregorio Nacianceno, Padre de la Iglesia griega, que vivió desde 328 hasta 390; copia manuscrita para el emperador Basilio el Macedonio. Se halla en la biblioteca nacional en París

como caballero en casa de Teófilos, pariente del emperador Miguel III y funcionario de su corte, al cual se recomendó Basilio por ser excelente jinete y domador de caballos, y hombre además activo, hábil é inteligente.

No debía ya abandonar la corte donde su estrella le había colocado. Su extraordinaria fuerza muscular y su destreza de domador atrajeron las miradas del joven emperador, que le admitió por el año 855 en su guardia de corps y luego en el servicio de las caballerizas. Pronto subió á caballero mayor y tomó parte durante largo tiempo en todas las diversiones, placeres y excesos de su soberano, el cual le ascendió

en 865 á primer camarero, bajo la condición de divorciarse de su mujer y de casarse con Eudoxia Ingerina. Tan rápida fortuna despertó los celos del César Bardas, el cual á su vez empezó á inspirar temores á su sobrino con su conducta formal y seria, porque despues de haber desfogado el ardor juvenil y entrado en edad, atendía ya solo á los deberes que le imponía su elevado cargo, velando sobre la recta administración, especialmente de la justicia, y procurando extirpar los abusos. Esto bastó para que el emperador le atribuyese intenciones torcidas dando oídos al astuto y avieso Basilio, que poco á poco se había formado un partido de todos los

enemigos y adversarios del César, incluso el propio yerno de este, el director general de postas del imperio, Simbacio, á la sazón reñido con su suegro. El emperador excitado por las insinuaciones malévolas de sus privados, dió permiso á estos para matar á Bardas, y así lo hicieron Basilio y Simbacio en la misma tienda del emperador en Cepos en la costa de Caria durante la expedición contra Creta, en la cual todos ellos tomaron parte.

Muerto ya el César, fué apartado Simbacio, y Basilio nombrado patricio y prefecto de la capital, y por último, en 26 de mayo de 866, César y co-regente. Una revolución que Simbacio y el anciano general Peganes excitaron en Bitinia contra el ex-mozo de cuadra fué pronto sofocada; y á fin de aplacar el rencor que los miembros más rígidos del clero conservaban por la destitución de Ignacio hecha por el difunto Bardas, y de atraerse este elemento poderoso, Basilio les dió la satisfacción de dejarles insultar y entregar á las llamas los restos mortales de los grandes iconoclastas Constantino V Copronimo y Juan el Gramático.

Habia llegado el falaz é infame Basilio al punto que creyó conveniente para adoptar una nueva línea de conducta á fin de poder deshacerse también del emperador y suplantarle en el trono. Si hasta entonces habia vivido en la crápula y manchándose de cieno y de sangre, desde aquel momento renunció de golpe á tan infame pasado, y dedicóse como César y co-regente, á los negocios del Estado para conquistarse las simpatías del pueblo. Con esto despertó también el rencor y las sospechas del emperador; y viendo Basilio que su persona peligraba, no titubeó en añadir un nuevo crimen, el más negro de todos, á los que tenia ya consumados. Después de la muerte de Bardas habia habido una aproximación entre Teodora la emperatriz viuda y su hijo, y se habian restablecido entre ambos relaciones amistosas. Entonces, en una fiesta que la ex-regente dió en el palacio antemiano en la costa asiática del Bósforo donde veraneaba, el traidor Basilio en la noche del 23 de setiembre de 867 se aprovechó del estado de embriaguez en que se hallaba el emperador, para hacerle matar por algunos soldados mercenarios de su confianza. Inmediatamente después de este asesinato regresó á Constantinopla, donde se apoderó del palacio imperial y se hizo proclamar emperador, lo cual consiguió sin dificultad. Con esto quedó entronizada una nueva dinastía que rigió durante dos siglos los destinos del imperio bizantino, y á la cual los historiadores griegos llamaron la dinastía macedonia, porque el usurpador asesino era hijo del distrito militar llamado Macedonia, que á la sazón comprendia todos los territorios desde el Estrimon y su cuenca hasta más allá del río Hebro.

Basilio comprendió que la púrpura imperial por sí sola no bastaba para hacer olvidar los crímenes que le habian facilitado su subida al trono, y en su consecuencia aplicóse con tesón á lavar las manchas de sangre que deshonraban su pasado estableciendo un gobierno enérgico, acertado, benéfico y fecundo; y no puede negarse que en general consiguió este propósito. A pesar de ser un hombre de educación y conocimientos vulgares, supersticioso como su época, y hácia el fin de su reinado á veces sanguinario, tenia grandes dotes para gobernar y una actividad incansable; era sagaz, prudentísimo y poseia un verdadero don de discernir, aprovechar y adaptar su conducta á la opinión dominante en el Estado, en el pueblo, en la Iglesia y en el ejército. No tardó en conquistar las simpatías del pueblo bajo, del cual habia salido, cuyas cuitas é intereses conocia, y al cual procuró tratar con humanidad y moderación. En la administración introdujo un orden severo; castigó los abusos, fraudes y arbitrariedades de los empleados; evitó todo aumento de impuestos y cargas que pesaban sobre el pueblo, y supo llenar el tesoro, que en

tiempo de Miguel habia estado siempre vacío á causa de sus locos despilfarros. Con disposiciones acertadas que á nadie gravaban, con un régimen económico bien entendido nunca le faltaron los recursos necesarios no solamente para cubrir las atenciones del servicio público, evitando toda confusión y todo desorden, sino también para atender cumplidamente á la defensa del país, y para gastar grandes sumas en construcciones suntuosas y útiles. Finalmente veló con celo y notable éxito sobre la administración de justicia, haciéndola expedita, imparcial y rápida.

Uno de los resultados, y no el menor, que obtuvo con su régimen inteligente y enérgico este autócrata de raza eslava macedónica, tan greizado como era romanizado siglos antes el vándalo Estilicon, fué colocar al imperio bizantino en una posición más imponente y ventajosa que antes respecto de otras potencias. Esto sin embargo de poco ó nada le sirvió para restablecer las buenas relaciones con Roma, restablecimiento que se anhelaba tanto por motivos religiosos como por motivos políticos y personales, atendido su fanatismo ortodoxo. Más adelante pudo aprovechar algunas torpezas gravísimas que cometió la política de Roma, pero por lo pronto creyó deber mostrarse condescendiente. Empezó, pues, para conseguir su objeto, con una concesión inaudita, sacrificando á Focio. Dos meses después del asesinato alevoso del emperador Miguel III, hizo comprender Basilio al patriarca, sin romper abiertamente con él, que debia retirarse como lo hizo en 23 de noviembre de 867, á un convento, ya por las íntimas relaciones que habia tenido con la dinastía destronada, tan despreciada y desacreditada en los últimos años, ya por su inteligencia é ilustración superiores y su independencia de carácter que le habian valido muchos adversarios y enemigos en todas las clases de la capital. Resignado que hubo su elevado cargo, fué repuesto en él su predecesor Ignacio, y entonces Basilio y el restaurado patriarca reconocieron solemnemente el derecho del papa á decidir como árbitro supremo la cuestión del patriarcado.

En el mismo mes, el 13 de noviembre de 867, murió el papa Nicolás, y su sucesor Adriano II no pudo dedicarse á aquel asunto hasta el verano del año 869. Entonces envió tres legados á Constantinopla, pero con instrucciones tan immoderadas, que disgustó á todos los partidos y á todas las clases del imperio, y lo perdió todo. A pesar de las súplicas del emperador, Adriano insistió en la destitución y degradación solemne de Focio y de todo el clero consagrado por él, anunciando que solo después de este acto se procedería á la reunión de un concilio en Constantinopla, que seria presidido por los legados del papa, y tendria por objeto arreglar todas las demás cuestiones en el sentido de las resoluciones que adoptara un sínodo compuesto de clérigos romanos que se reuniría previamente en la basílica de San Pedro en Roma. Por fin venció la terquedad del papa; se reunió el concilio que la Iglesia romana llama el octavo ecuménico, aunque solo tomaron parte en él 102 obispos no consagrados por Focio y adversarios suyos; y funcionó desde el 5 de octubre de 869 hasta el 28 de febrero de 870. Fué una victoria completa del papado, y la rehabilitación solemne y ostentosa de Ignacio: la anulación é inhabilitación de todos los actos patriarcales de Focio; el anatema pronunciado contra él y sus adeptos, rebajaron la Iglesia de Oriente hasta el nivel de una simple dependencia de la sede de Roma. Esta sin embargo habia ido demasiado lejos para no provocar una reacción violentísima; y ya en las postreras sesiones del concilio manifestó el orgullo bizantino herido, de suerte que al fin los legados del papa partieron de Constantinopla más disgustados que satisfechos.

Miguel, el rey búlgaro, al tratar directamente con el papa,

habia pedido la instalación de un arzobispado en su territorio, proponiendo para este puesto al obispo Formoso de Portus, ó cuando no, al diácono Marino (869); pero el papa envió en lugar de ellos al arzobispo Silvestre á quien el rey búlgaro no admitió, y descontento ya del rito latino recién introducido en Bulgaria, rompió con la curia romana, y en seguida se puso en relación á principios de 870 con el concilio reunido en Santa Sofía, cuyos miembros bizantinos todos, incluso el patriarca Ignacio, y el mismo emperador, hicieron prevalecer sin hacer caso de la oposición de los legados pontificios, el mayor derecho que la Iglesia de Oriente tenia sobre el pueblo búlgaro recientemente convertido por ella. En su consecuencia el patriarca Ignacio consagró al arzobispo José y á diez obispos para otras tantas diócesis en que se dividió el nuevo arzobispado de Bulgaria y los curas latinos tuvieron que dejar sus iglesias. Por otra parte el rey Miguel envió á su hijo Simeon á Constantinopla para que recibiera allí una educación exclusivamente bizantina.

El emperador Basilio conoció también muy pronto que su condescendencia para con Roma no hacia más que fomentar el descontento en el interior del imperio, porque tanto el clero como el pueblo en general se sentían oprimidos y humillados con el reconocimiento del primado de los papas, y paralelamente con este sentimiento volvia á crecer el partido de Focio, cuyo comportamiento digno y moderado cuando fué destituido y después durante su permanencia en el monasterio Scepes donde estuvo hasta el año 876 aproximadamente, le habia adquirido grandes simpatías. Estas se extendieron también á sus partidarios fieles que con firmeza varonil se negaron á someterse al primado de Roma, distinguiéndose particularmente en este concepto el pueblo y clero cristiano del Asia. En 23 de octubre de 878 murió el patriarca Ignacio, y entonces no titubeó el emperador con su tacto especial, en dar una satisfacción al partido nacional, llamando á Focio y reintegrándole en su silla patriarcal, tanto más cuanto que el papa Juan VIII que habia sucedido en 872 á su predecesor Adriano II, se hallaba en gravísimo apuro y gran necesidad del auxilio bizantino contra los piratas musulmanes que desde los puertos africanos y de Sicilia asolaban horrorosamente las costas desde la Campania hasta Toscana. De muy buen grado aceptó por esto la proposición del emperador Basilio de reunir un nuevo concilio en Constantinopla para reconocer solemnemente á Focio como patriarca y restablecer la paz en la Iglesia. Este concilio, que la Iglesia ortodoxa griega llama el octavo ecuménico, se compuso de 383 obispos y de los legados del papa y trabajó asiduamente desde el mes de noviembre de 879, hasta el 13 de marzo de 880. Focio venció completamente, porque como diplomático hábil dominó toda la asamblea, y tan bien supo trabajar y sorprender á los legados del papa, que su reconocimiento como patriarca legítimo se hizo en términos que presentaban á la curia romana casi como arrepentida de su comportamiento anterior. En cuanto á las controversias dogmáticas, consiguió Focio que el concilio anulara las resoluciones del celebrado en el año 869, y adoptara respecto del Espíritu Santo la doctrina de la Iglesia de Oriente, de la cual hablamos en su lugar. Finalmente quedó limitado el primado del papa á la Iglesia de Occidente.

Con esto se hizo inevitable en un plazo más ó menos largo el rompimiento completo entre el papado y la Iglesia de Oriente, rompimiento que ya realizó de hecho entonces el legado pontificio cardenal Marino, el cual antes de abandonar Constantinopla declaró á Focio fuera del gremio de la Iglesia. Después el papa Juan VIII le declaró destituido y le anatematizó; con lo cual tomó la guerra dogmática nuevos bríos. Los sucesores del papa Juan siguieron la conducta de

este, y se habria declarado desde luego el cisma si Leon VI, sucesor del emperador Basilio, proclamado en 886, no hubiese conseguido al poco tiempo de haber ceñido la diadema imperial, que de nuevo renunciara su silla el célebre patriarca Focio á favor de Estéban, hermano del emperador, y se retirase á un monasterio armenio, donde murió el año 891.

Para Basilio debió de ser ciertamente en extremo desagradable y embarazoso que justamente llegara en su reinado á exacerbarse la competencia entre las dos Iglesias hasta el borde del cisma definitivo; pero esto no le impidió aprovechar los momentos favorables que le ofrecia la variable situación de los países y potencias del mundo político de entonces, para sacar ventaja de todo y reconquistar hasta territorios considerados ya como perdidos para siempre para el imperio. Apenas hubo empuñado el cetro y hecho retirar á Focio del patriarcado, formó con el emperador franco Luis II (855-875) hijo de Lotario I, una alianza para arrojar de la Italia meridional á los árabes. En 869 las fuerzas del emperador Luis por la parte de tierra y por mar la escuadra bizantina empezaron á sitiar á Bari, el baluarte principal de los árabes en Italia, y á principios de febrero de 870 se apoderaron de esta plaza bastante próxima á Otranto, única ciudad que á la sazón continuaba en aquella parte de Italia en poder del imperio oriental. No tardaron sin embargo en surgir diferencias entre los dos emperadores, y entre Luis y los pequeños potentados locales que dominaban en el Mediodía de la península apenínica. Las causas principales de las desavenencias entre los emperadores fueron: primera, el título de *Imperator Augustus*, que segun la teoría bizantina solo correspondia á los emperadores de Oriente, y segunda, la campaña contra los eslavos de Dalmacia que dirigia el gran marino Nicetas Orifa con la escuadra bizantina por orden de Basilio para castigar á aquellos pueblos piratas que habian apresado el buque en que regresaban de Constantinopla los legados del papa, y despojado á estos de todo cuanto llevaban. El emperador franco reclamó en Constantinopla contra este ataque á sus pretendidos súbditos eslavos; pero como ni él, ni su sucesor Carlos el Calvo, que subió al trono en 875, estuvieron en el caso de apoyar sus reclamaciones con las armas, ni en el Adriático y sus costas, ni en el Mediodía de Italia, ganó el emperador Basilio, reconquistando toda la Dalmacia croata. Por más de treinta años se habian visto expuestas las costas del Adriático á las depredaciones de los corsarios eslavos y árabes. Estos últimos procediendo en grande escala habian saqueado en 840 las ciudades de Budua, Rossa y Cataro; habian sitiado durante 15 meses la de Ragusa, y se habian apoderado en 841 de Bari y de Tarento, extendiendo sus depredaciones hasta Venecia, á la cual ni la regente Teodora ni su hijo Miguel III apenas habian auxiliado. Así todas estas poblaciones, lo mismo que toda la costa dálmata, no formaban ya de hecho parte del imperio bizantino. No hallándose tampoco el imperio franco en estado de proteger estos territorios, se agregaron, por último, en 872, á los enemigos citados los árabes de Creta, que atacaron en 875 la plaza de Grado cerca de Aquileya y saquearon á Comacchio, y los eslavos que atacaron después también á Grado y devastaron la Istria. En tan angustiosa situación era natural que las poblaciones atribuladas dirigiesen sus miradas á Constantinopla, único gobierno formal, bien organizado y bastante fuerte para protegerlos contra tantos y tan bárbaros enemigos. Bari fué la primera que se arrojó en brazos de los bizantinos en el año 875. En el mismo año el dux de Venecia Urso Participacio derrotó cerca de Grado las fuerzas navales de los eslavos narentanos; prohibió á los venecianos el tráfico de esclavos que hasta entonces habian tenido con los piratas eslavos, y al año siguiente hizo la paz con los